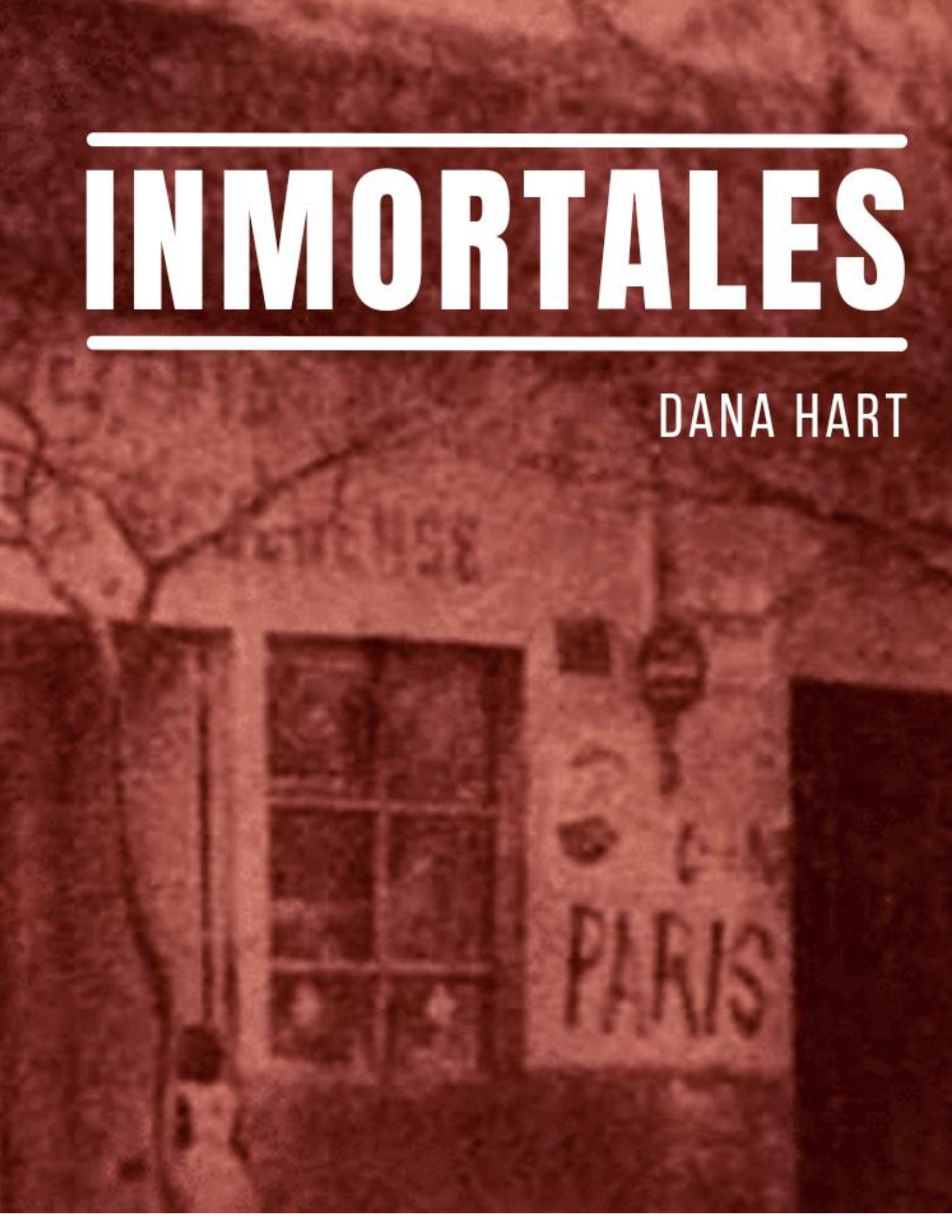

INMORTALES

DANA HART



El sol es una fina línea entre roja y morada en el horizonte. Todavía no amanece. Los viejos van caminando con la cabeza gacha, parece que llevaran una piedra en la parte trasera del cuello. Me olvidé el delantal, así que tengo que volver a buscarlo. Cinco o siete minutos, siempre son un tiempo perdido. Ya me estoy imaginando por todo el trayecto, que tengo que trapear el suelo y pasar el trapo a las mesas.

No va a pasar mucho rato hasta que llegue el primer interesado. Les digo interesados, porque cada vez que vienen, tienen la intención de pedirme algo. Nunca es saludar. De vez en cuando es un regalo. Una vez fue un poema. Y varios piropos. Me gustaría sentarme. Tengo los pies cocidos. Pero hay que seguir, aquí por lo menos tengo trabajo, en España andaba golpeando puertas sin éxito.

Abro la puerta de vidrio, el picaporte está frío. Hay un olor característico, una mezcla de cosa vieja con café, unas gotas de alcohol y un sutil aroma a pólvora que se mueve como una ceda por el ambiente. Don Federico llega más tarde, a mi me toca abrir. Abrir y cerrar. Trapeo. Limpio las mesas. Me seco las manos en el delantal burdeo y me quedo mirando fijamente. Cinco o siete minutos y la puerta se abre.

Llega el primer café. Cada quien define sus cualidades personales, por el tipo de café que le gusta. Hay quienes lo toman totalmente amargo y sin azúcar, que me piden que se lo haga fuerte, cargado. Hay quienes lo piden con leche, un poquito o mucho. Quienes lo prefieren con crema, esos son los más arribistas. Y quienes lo toman suavcito, dándote a entender que no matan ni a una mosca. Esos son los más peligrosos. No tienen que aparentar, ni poner la cara de amargo, para que una sepa que son de armas tomar.

Las pisadas de zapatos van aproximando a Triviño, que llega con el bigote bien peinado y una sonrisa.

- ¿Cómo está usted mi amigo Triviño?
- Bien, bien Julita. ¿Cómo está la más bella de cada mañana?
- Aquí andamos, a las corridas. Sabe, me gustaría si en vez de bella, usted me dijera inteligente, apasionada, o algo que no diera cuenta siempre de

mi apariencia, ¡qué molesto, eh! ¿Qué se va a servir? ¿Lo mismo de siempre?

- Tiene razón Julita, discúlpeme lo bestia. *Hay que ponerse en línea, reconocerse y blandirse como una hoja de acero flameadora.* Esta mañana está usted ágil y transformadora, vea cómo ha cambiado así nada más, mi forma de ver.

A Triviño le gusta el café amargo, amargo. Amargo, con más amargo. Tal vez aprendió a tomar el café así cuando estuvo en el ejército, dicen que así fue como apareció en el Centro Ferrer, vestido de milico. Pero pronto se hizo un amante de la Idea. Sin él, no habría podido seguir imprimiéndose Verba Roja y nadie es tan buen orador, tan cautivador. Será porque viene de San Felipe, allá la gente de campo es muy amorosa.

Es muy común que llene la mesa de papeles, parece que recopila canciones, obras de teatro y otros tipos de escritos. A veces se lo ve muy concentrado, escribiendo y escribiendo, como si no hubiese un mañana.

- Su café bien amargo amigo Triviño, cuidado no se vaya a quemar.
- Así me gusta Julita, demoledor. Para poder correr por si me pilla Astorquiza.
- Que no lo va a pillar, ese más lo que inventa, debe tener un Triviño de cartón tras las rejas. Son puros montajes.
- Montajes que parecen tenazas Julita, nos persiguen hasta en los sueños. Dicen que es un sueño muy común de la humanidad, correr porque te siguen, pero estoy bastante seguro, de que es una pesadilla incrementada, en los ojos de quienes dormimos sin poder descansar realmente.
- Oiga, pero es un clima represivo de conjunto, ¿verdad? ¿Usted cree que llegó para quedarse? ¿Cuáles podrán ser las consecuencias de esto? Quizás tendremos que cerrar el propio Café “Inmortales”.
- Mi caracterización es que esto va de mal en peor. Que si no logramos destruir el armatoste que sostiene a esta sociedad, los esbirros nos van a hacer *rechinar las junturas y crujir los huesos.*

Se toma su café y pone la cara de amargo. Los bigotes, brillantes, ni siquiera se mojan. Tiene unos ojos vivos que miran fijamente. Sus cejas

pobladas y el cabello negro, se amoldan a sus ropas de buen zapatero. Había sido conductor de tranvías también, y hasta conductor de un carretón para una bodega de vinos, pero el viejo Silva cuando lo vio pasar, le gritó que estaba envenenando al género humano, y renunció enseguida.

Así fue como se hizo zapatero, pero seguía siendo pobre. Decía que ser pobre y ser revolucionario, era como ser diez veces pobre.

Estuvo preso varias veces, por Verba Roja y por ser Secretario de la IWW. Hubo una ocasión en la que, para escapar de la policía, olfateando que lo seguían, abandonó a su mujer y a su bebé. En vez de buscarles resguardo. Ella fue detenida y estuvo en prisión, para que dijera el paradero de Triviño. ¿Cómo se explica esa tijera?

Suena el ruido de la puerta, se oyen pasos y se acerca don Federico, que saluda con el diario “La Nación” en la mano y va a parar detrás del mostrador. Junto a él, ingresa Manuel Rojas, el escritor. Es escritor, cuando escribe, porque hay épocas que le da por dejar. Entra como una sombra y se sienta en la mesa más alejada, la que está en el rincón más oscuro. Pide un café. Amargo, con algo dulce, unas dos cucharaditas de azúcar.

- ¿Qué hubo?
- ¿Qué hubo, estimado Manuel? Le traigo su café, amargo, con dos de azúcar.
- ¿Y una Pilsener, no? ¿Un Santa Emiliana, tinto?
- ¿A esta hora?
- Es una broma. No me vaya a tomar por lumpen. Le iba a pedir el diario, justamente, a don Federico. ¿Cree que me lo prestará?
- Pero si para eso está. Déjeme que se lo traiga con el café.
- Muchas gracias.
- Aquí tiene estimado Manuel. Y su café.
- Ni chus ni mus este diario, oiga. No sé por qué no trae de los buenos. Verba Roja. La Batalla. Acción Directa. Claridad. Numen. ¡Numen! Eso es lo que tienen que traer.
- Si hay también, llegan. Hay varios que dejan. Se los voy a guardar, para no se aflija.

- Pero vea este titular Julita. Fecha de hoy: 30 de Octubre de 1920: “Bajo el dominio del régimen femenino”. Dígame usted, si ya de partida, le parece que esto es cierto.
- ¡Ha! Si esto fuera de dominio femenino, ningún gallo cantarí. “Cuando suba al poder la primer Presidenta, el hombre va a quedar reducido a un simple e inofensivo mortal”.
- Sabias palabras, ¡campeón! ¿En serio eso dice el diario de hoy?
- Si, eso dice. No tengo por qué mentir. Puede que sea *perseguido por el piojo e ignorado por el resplandor*, pero tengo muy buena vista. Aprendí temprano a leer, allá en Argentina. ¿Usted sabe que nací en Argentina, que me vine a los dieciséis?
- Me contó, me contó. Aparte, por el acento, me daría cuenta. Se le queda pegado. Bueno, el mío es español, qué le puedo decir.
- El futuro de la sociedad, tendrá muchos acentos.
- ¿Cuándo estemos bajo el dominio del régimen femenino?, dice usted.
- Algo por el estilo. ¿Qué más dice? La moda que se viene. Publicidad. Publicidad. Centro democrático italiano. Presidente francés. “En favor de los obreros sindicados de subversivos”: Vea, aquí algo interesante. Es sobre la manifestación de mañana en la Alameda, convocada para las 16 hs, por el Comité pro presos.
- ¿Va a ir usted estimado Manuel?
- Si, siempre voy. Vaya usted también.

Unos pasos suaves anuncian una entrada. Es una mujer. La reconozco por el caminar. Es Orfelía Acevedo, también le dicen Violeta del Valle, por la manera en la que firma. Se sienta en la mesa junto a Manuel Rojas, después de saludar a Triviño con un movimiento de mano. Aquí se conocen entre las gentes. Y las gentes que vienen, suelen ser bastante selectas. De hecho, podría decir, que conozco a prácticamente cada quien que viene. Les conozco porque sé cómo les gusta el café, que es la esencia humana. Ella está casada con Modesto Oyarzún, que probablemente vaya a entrar por esa puerta en cualquier momento. Va y viene, sin descanso, del Centro Ferrer para acá, y trae números de los periódicos La Batalla y El Productor.

Manuel: - ¿Cómo estás Violeta?, toma asiento, pero antes recité esos versos.

Violeta: Que me da vergüenza, ya te he dicho.

Manuel: Solo una vez.

Violeta: *¡No estoy conforme! Porque la miseria es el resultado de causas infames, del robo legalizado en forma de propiedad privada, del inocuo sistema que pone en manos de una clase de hombres el producto de las fatigas y de la inteligencia de otra clase de hombres.*

Manuel: Continúa.

Violeta: En otra oportunidad Manuel, ya te lo he recitado cientos de veces. ¿Y cómo estamos para mañana?

Manuel: ¿Cuándo empezamos a matar burgueses?

Violeta: ¡Extrañaba esa pregunta! Allá en Buenos Aires, la hago muchas veces también. Lamentablemente en este viaje no pudo venir Modesto, se quedó con Dalila y yo me vuelvo en seguida. ¡Julita, te pido un café, livianito, por favor!

Modesto Oyarzún es un tornero, que ha participado y repartido La Batalla. Verba Roja. Muy activo en el Centro Ferrer. Viajan de un lado para el otro, colaborando con la Idea.

Mientras, Triviño recibe en su mesa a Marcial Lisperguer, que camina hacia él desde la puerta, con sus ojos azules, sus abundantes cejas y su cara de pocas amistades. Viene del Centro Ferrer, lo sé porque se lo dice a Triviño. Marcial es un obrero tipógrafo, que siempre está cesante a causa de sus ideas. Conoció a Recabarren en el norte, trae ese bagaje. Aquí se hizo zapatero y estuvo metido en huelgas importantes del sector. Era un demonio para los industriales.

No escucho lo que dicen. Hablaban bajito, sigilosamente. Seguramente preparan los detalles de la manifestación de mañana. Espero que no les pase nada, porque por lo que se cuenta y se puede ver, la represión está a la orden del día.

La rutina se repite. La gente entra, charla y sale, con el bigote a veces más, a veces menos manchado de café. Si es la hora de almuerzo, comen. Y si se

hace de noche, algo toman. Pero mi jornada es corta. Tengo la dicha de verles de mañana, cuando están organizando, actuando, cuando pasan por aquí a complotar entre dos o tres y vuelven a irse, igual que aves. Aves inmortales.

Llega el fin de mi medio turno y me voy. Mañana, vendrán antes de la concentración y tal vez después. Pasarán por la Casa del Pueblo, o por la casa de Soza y volverán a pasar.

Odio despertarme por la mañana. ¿Qué tan deplorable es el mundo? ¿Qué tan explotada es la especie humana? Trato de cambiarme las ropas de ayer. Hay un tango que entra por mi ventana. Uno de los tantos que amanece en el alba del Barrio Latino. Camino por la misma vereda, a riesgo de que mis huellas, queden impregnadas en el pavimento y abro la misma puerta, cada día más engrasada, girando la llave, cuidando de no tocar el vidrio, para no tener que limpiarlo. Paso el trapo. Limpio las mesas. Suelo encontrar todo tipo de regalos del día anterior. Botellas, colillas de cigarrillo, quemaduras en las sillas de madera. Vasos que el turno anterior olvidó guardar. Debe haber estado bueno anoche. Muchas veces salen de la Casa del Pueblo, hacen dos cuadras y ya están aquí, cantando “Hijos del Pueblo” en el trayecto, adentro y otra vez afuera.

Ya van a estar necesitando un café, para sobrevivir a otro día. Es gente que no se adapta, una clientela de lo más sofisticada. Don Federico llega casi detrás de mí, con el diario bajo el brazo. Viene con Julio Valiente, han de haberse encontrado en la esquina. Otro bigote perfectamente cortado. Deben ir a la Peluquería del Pueblo, porque no se explica de otro modo tanta pulcritud, tanta simetría.

- Me deslumbra con su simetría, Valiente.
- Gracias po` Julita, no se imagina lo que me costó peinarme.
- Ya se lo creo. ¿Cómo quiere el café esta mañana?

A veces le gusta servírselo con un chorro de agua fría, por eso le pregunto, para tomárselo de inmediato y no tener que esperar. Y otras veces, cuando hace frío, me lo pido calentito y se lo toma igual. Valiente es todo un personaje por aquí, muy respetado, ya que fue parte protagonista del primer ciclo huelguístico en el país, porque él era impulsor de la Federación de Obreros de Imprenta.

- ¿Cómo se llama su periódico Valiente, el que imprimían allá con los tipógrafos?
- La Lei
- Ese mismo.
- Y después, el otro fue, La Agitación, que lo repartíamos en las noches, en las oficinas salitreras, escapando de los tiros que nos disparaban los serenos. *Pero nosotros éramos más ligeros que las balas.*
- Más ligeros y más valientes.
- Así no más po`. Y siguieron El Deber, El Trabajo, La Protesta, La Batalla, hasta hoy, ahora en la imprenta Numen, sacamos Verba Roja, Acción Directa, no paramos los gráficos, ni los obreros de imprenta, es cosa seria, nuestra única arma es la palabra escrita y disparábamos sin tregua. Por eso nos persiguen, encarcelan, procesan, torturan, confinan. Veinte años de cárcel pidieron para darme a mí. ¡Veinte años! Por mis letras, nada más que por mis letras. Dijeron que yo había dicho palabras hirientes contra el gobierno. Qué ridiculez. Dijeron que había apuñalado a un sargento.
- Se podría decir que usted es el gran productor y distribuidor de las lecturas subversivas.
- Se podría decir, pero no a los pacos. Ja. Ja.
- Ha, ha, ja. No a los pacos. Por eso fue que el otro día reventaron la imprenta Numen de esa manera tan brutal.

La puerta suena, dejando entrar la brisa helada de la mañana. El aire se congela, y suenan pisadas que parece que van a romper la madera. Solo pueden ser las botas de Pancho Pezoa, que de seguro viene a encontrarse con Valiente. Es bajito y regordete, igual que un bebé. Tiene unos ojos claros, que brillan más que el agua y el pelo medio rubio. Me sonrío amablemente y se va a sentar.

- ¿Cómo estamos para hoy, Julio?
- Estamos listo po`compadre. ¿Y cómo está la caña?
- Chuta, me toma por sorpresa su pregunta.
- ¿Ya está fumando tan temprano? ¡Suelte ese cigarro, hombre!

Hablan de la anarquía cada diez palabras que dicen. Parece que se tratara de alguien a quien se pudiera tocar, ver, alguien con quien dialogar. La anarquía va al mercado, la anarquía llegó para quedarse, la anarquía tiene ganas de salir a caminar. Bien podría ser un nombre. En ocasiones, los hijos e hijas, de hecho, se llaman Anarquía, Acracia, Bakunin. También ha participado en una montonera de periódicos subversivos.

- ¿Se está burlando Julita?
- No, ¿cómo cree? Nombre los periódicos en los que ha escrito usted Pezoa y le traigo su café con harta azúcar, como le gusta.
- Ohh, chuta, me toma por sorpresa su pregunta.
- La Luz. El Ácrata. La agitación. El Deber. El Marítimo. El Trabajo. La Protesta. El Productor.
- ¿Y usted también se metía en las salitreras a repartirlo?
- Claro, con el amigo Julio Valiente aquí presente. Nos tiroteaban a lo lindo. Y yo que no corro ni al tranvía.
- La Batalla. El Despertar de los Trabajadores. El Socialista. La Opinión. La Época. La Revista Numen, ¿cuenta?

Pero su mérito más importante, sin duda, fue que creó el “Canto a la Pampa” a partir de la Matanza de Santa María de Iquique. Ese se canta a coro en todas las veladas, sin falta. Es un indispensable. Y Pezoa lo escribió. Por eso es tan respetado por aquí. Se toman el café y hablan seriamente, parece que planificaran una sociedad diferente.

- Tengo trescientos ejemplares preparados para hoy Pancho, pero nos vamos a quedar hartos cortos.
- Habría que pensar una forma estratégica de repartirlos durante la marcha, o quizás en el acto mismo.
- ¿Qué tal si buscamos los lienzos de los sindicatos y pasamos diez por cada uno, o quince, veinte?
- Esa es buena, sí.
- Lo otro, ya está confirmada la comisión que se va a encargar de la seguridad, porque se viene dura la cosa. Es muy posible que aparezcan patriotas a provocar. Y los pacos se van a llevar a todo bicho que camine.

- Una manifestación contra el hecho de que hayan tantas personas encarceladas políticamente, va a terminar llena de personas encarceladas políticamente.
- Así está la cosa. ¿No se me estará poniendo escéptico?
- De ninguna manera haría tal cosa. *Pido venganza para el valiente que la metralla pulverizó; pido venganza para el doliente huérfano triste que allí quedó; pido venganza por la que vino tras del amado su pecho a abrir; pido venganza para el Pampino que como bueno supo morir.*

Cruje la puerta. Unas pisadas dejan una huella de color carbón. Usa un traje cómodo y suelto y el pelo a la altura de las orejas. Tiene la audacia inyectada en los ojos. Es Carmen Serrano. Me da un beso de mejilla, un abrazo apretado y se sienta en una silla, al lado de una mesa vacía, sola, pero levantando el brazo, con los gestos, hablando con todo el salón. Viene de Lota, anduvo en Coronel y Curanilahue. Y luego de nuevo en Lota, Concepción, Laraquete, ida y vuelta, vuelta e idea.

- Estoy chata. El weón de Sanfuentes y toda su palabrería, que puro habla. Habla y habla. Y una aquí que va y viene. Casi 3.000 obreros en huelga hubo, prometieron reajuste, prometieron que las fichas se iban a poder canjear en cualquier pulpería, pero sigue de pie el muro que divide los terrenos de las oficinas. Me hubiera gustado que estuviera aquí mi tío Ernesto Serrano y mi tía Hortensia Quinio, les hubiera dado un infarto. Tanta negociación, tanto acuerdo que quiere pactar Sanfuentes, más bien suelte el pedazo hombre, no ve que hay hambre y cesantía. Allá las ciudades están cubiertas de hollín y el humo de las chimeneas no deja ver. Por suerte está Playa Blanca, que además de servir de cuartel general para los obreros, también le da un respiro a las ciudades. Le pido un cafecito bien equilibrado, nada de mucha azúcar, nada de muy cargado, nada de livianito. Démelo equilibrado pue Julita.
- Equilibrado será. ¿Viene para la manifestación?
- Si, hubiera querido que Delfina González viene conmigo, pero no pudo dejar allá, está todo pasando. Estamos tratando de guardarnos un poco, solamente porque nos anda persiguiendo Astorquiza, si hasta disfrazadas de hombre andábamos por allá por las arenas fondeadas. Desde enero que se entregó el Pliego de Peticiones, hasta que estalló la huelga y el tiempo

que pasó hasta hoy, bloqueamos las líneas férreas, hubo apoyo de la gente de mar, pese a la violencia de la respuesta de la compañía, seguimos peleando.

No termina de decir su última palabra, cuando ingresa Acevedo Hernández, que se sienta a su lado, con la cara larga y sin emitir ningún sonido. He intercambiado poco con él, pero se que escribe teatro, y en sus obras ha participado Carmen, como en “Almas Perdidas”, que tuve la fortuna de ver interpretar maravillosamente. Dice algo sobre el difunto compañero José Domingo Gómez Rojas, que vivía muy cerca, en calle Nataniel, hasta que falleció el mes pasado. Tenía el cabello perfectamente engominado y usaba una corbata negra de lazo rosa. Escucho que Acevedo reclama contra el Ministro Astorquiza, dice que es un asesino y un torturador. Palabras que alcanza a oír Lorenzo Loggia, que viene ingresando al café, con una cara contrariada, repitiendo:

- Me van a expulsar del país. Estoy seguro de que me van a expulsar. Si, me van a expulsar del país. Dicen que hice manifestaciones en la ciudad de Coronel contrarias al orden establecido. Me van a expulsar del país, si, me van a expulsar. Dicen que soy un agitador, me expulsarán. Ya me metieron preso, pero no les va a alcanzar, me van a expulsar.

Carmen intenta decirle algunas palabras de aliento. Pero el aire se torna espeso. Habla contra Sanfuentes y la Ley de Residencia, abre bien los ojos para poner énfasis a sus palabras.

- Pensemos que la manifestación de esta tarde, tendrá efecto, que lograremos revertir este terrible clima represivo que quieren combinar con migajas para acallar a quienes luchan.
- Astorquiza me odia. Me tiene entre ceja y ceja, quiere que me muera, que me vaya, que me pudra en la cárcel o todas esas cosas juntas. *Nunca tendré libertad en Chile.* Y las condiciones de vida son deplorables. No tengo para comer. No puedo ir a comprar pan, porque no me alcanza. No me alcanza para el aceite. ¡Está carísimo el aceite!
- Allá en el carbón la cosa está caldeada, el ánimo no está dispuesto a ceder, los trabajadores quieren un cambio significativo y las mujeres, ni le digo, las mujeres, chatas por montones, no están dispuestas a dar el brazo a

torcer. No se trata solo del aumento pue, se trata sobre todo del lugar que ocupamos los trabajadores, como gente explotada y de cuestionar ese lugar y el lugar antagónico de los Sanfuentes del mundo.

- ¡Abajo los Sanfuentes del mundo!
- ¡Y arriba los obreros sin pan! Y las mujeres del carbón. ¿Cómo estará Delfina ahorita mismo? Dando alguna oración anti-clerical en Playa Blanca para una asamblea.
- Le pido un té, por favor. Ya se que está prohibido acá, pero me cae fuerte a la guata el café, haga una excepción para un francés perseguido.

Mi turno se completa y me llega la hora de vivir mi propia vida precaria afuera. Está caro el aceite. A la tarde tengo otro trabajo, otras aspiraciones. Mañana será un nuevo día, con nuevas perspectivas. Quisiera que esta misma tarde, esa movilización de la que tanto hablan, tenga efectos sorprendentes. Inmediatos. Que cambien la rutina de la ciudad. ¿Cómo sería por ejemplo, si esta misma tarde, esta marcha se transformara en un levantamiento de los obreros y las obreras, contra este régimen de miseria y explotación? Yo misma no tendría que venir a trabajar mañana y quizás hasta el café, cambie su forma y las mesas se pongan en la calle, al aire libre, donde se pueda ver a los pájaros volar. Quizás muchas cosas cambien su forma a partir de esta tarde, ¡ojalá!

Amanece. Todo sigue igual. Como la mañana. Transcurre casi con exactitud, de la misma manera. Creyendo que la normalidad es un lugar para quedarse a descansar. Tenía la esperanza de abrir los ojos y que la cosa cambiara. Lo llamo, el momento que determina mi ánimo. Ese segundo y medio que pasa entre que abro los ojos y me cae la ficha de los recuerdos de quién soy, qué hago, qué problemas tengo. Me aparece, como un rayo súbito, la sensación de que no vale nada lo que hago. Despertar cada mañana, asistir al trabajo, servir, fregar, permanecer empapada bajo un manto de grasa, y luego volver a despertar, como si la vida fuera solo eso. Si lo que hago no vale nada, si mi trabajo no vale nada, entonces mi pobre mente atormentada, saca la conclusión, de que yo tampoco valgo nada. Vivo en una casucha sin luz, pero camino al trabajo para poder costearla. Odio el rocío sobre las ventanas, en las calles, en las ramas. No me parece nada poético.

Quizás las cosas cambiaron y yo no me di cuenta. Apuro el paso, a ver si mis visitantes, inmortales, tienen algo más que darme a parte de propia. Quizás una buena noticia. ¡Que me digan que salió todo tan bien, que ahora yo también voy a poder ser una reina! ¡Inmortal! Que me digan que yo también soy mucho más que servir y fregar, porque en mi consciencia lo sé, pero el mundo no lo sabe.

Camino por Avenida Matta y a dos cuadras, ya veo que hay alguien en la puerta. ¡Es Carmen! ¿No se ha devuelto a Lota? Tiene que estar muy sola la Delfina. Avanzo a grandes pasos hasta que llego a abrazarla.

- ¿Qué pasó, Carmen, tan temprano aquí?
- Necesito un café, equilibrado.
- Pase, pase. Venga, yo también me tomaré uno.
- ¿Cómo salieron las cosas ayer?
- Salió bien. Un inmenso contingente de gente. ¿No fue usted Julita? Obreros de todas partes con banderas. Mujeres marchando tras sus propios estandartes. Estucadores. Pintores. Zapateros. Todos los gremios.
- ¿Y se llevaron gente detenida?
- Ahora no. Pero en estos últimos meses: Montoneras. Como a Ramón Contreras, que es el pilar de la filarmónica Luz y Armonía. O José Clota Domenech, detenido en julio. Domenech no habla de “su” mujer o de “su” hija Aurora, ese odia los posesivos, habla de “la” mujer y “la” hija, son personas, no propiedades suyas. Amaro Castro también lleva ya rato privado de su libertad, solo por sus folletos y cantos populares.
- Ah si, el caballero que le dijo a su señora que se iba caminando a pie a la Argentina, que por favor lo esperara.
- El mismísimo. El asunto de la relación con las mujeres es del todo cuestionable, ¿verdad?
- Del todo cuestionable.
- ¿Qué somos las mujeres? ¿Un ancla, que detiene los barcos cuando pretenden zarpar? ¿Acaso las mujeres no necesitamos también la libertad? Y sin embargo estamos sujetas, doblemente, por las cadenas de la opresión y la maternidad. Si me quiero ir a Argentina, tengo que pensar, en llevar, obligatoriamente a un bebé bajo el brazo, que puede pasar frío, hambre, que no puede dormir en una casa en ruinas. Pero ellos parece que no tienen que pensar obligatoriamente en eso, pueden irse,

tener esa libertad, dormir en la calle, tirados, si quieren, sin ropa, que no les va a pasar nada. Es poco probable que sean violados en una esquina. Esa desigualdad, esa injusticia, encima recae como si fuéramos las culpables, las atadoras, las coartadoras de libertad, ¡nosotras! Como si todo este asunto hubiese sido nuestra elección.

- Y es que aun queriendo tener bebés, una ni se imagina cómo va a ser la cosa. En ninguna parte te dicen que vas a tener ataduras hasta el centro de la tierra. Pero que ellos van a poder volar, como aves, hacia donde quieran. Si desde donde estén mandan una cuota, listo, concretada la paternidad.
- Mucha emancipación del hombre por el hombre, ¿y las mujeres? ¿qué pasa con nuestra emancipación? Emancipación. Emancipación. Es mi palabra preferida.

Casi no sé, en qué momento pasamos, se sentó, me puse a trapear las mesas, llegó don Federico, con su diario bajo del brazo y el mundo volvió a funcionar. Pienso que Carmen tampoco soportó despertarse esta mañana y darse cuenta de que el mundo seguía igual. Como ratas de laboratorio, atrapadas en una jaulita pequeña.

Ni siquiera me fijé en qué momento, el maestro Pinto ingresó al café y se sentó en una mesa, porque ahora lo estoy viendo mirando hacia la ventana, pegado, como si estuviera viendo algo más que el cielo, tal vez pueda ver aquella imagen de la sociedad futura con la que tanto sueña.

Me pongo a mirar también, un solo segundo, antes de tener que llevarle el café con leche que pide a menudo. Tal vez si miro bien, pueda verla yo también. Esa sociedad donde no haya esclavitud, ni opresión, donde se logre al mismo tiempo la emancipación de la mujer. Si, ya la estoy viendo. No se parece en nada a este lugar, lleno de adoquines. El suelo es verde y el cielo es azul, el campo se fusiona con la ciudad, los trabajos solo duran dos horas al día. La gente vuelve a las plazas a conversar. Y no existen más las cocinas individuales, ni los delantales burdeos. Ni gente fugándose al mar, sin retorno, ante *el eterno rugir de las olas como perenne protesta contra la tiranía.*

Ingresa un pequeño grupo de clientes que no conozco, que se sienta en una de las mesas más grandes. Carmen se termina su café, se para, me saluda y se

marcha. El maestro Pinto ya se despegó de la ventana y escribe en un cuaderno con aspecto gastado.

Siento una carcajada desde la puerta, y entre estruendos lo veo entrar al loco Brown, que viene con Víctor Garrido, como siempre. No se despegan. Son como culo y calzón. Le dicen el loco Brown, porque una vez, caminando por la calle, se enfrentó contra un fraile que caminaba desprevenido y sin escolta, sacó un filoso cuchillo y lo obligó a gritar: ¡Viva la anarquía! Claro que el fraile solo gritó y nunca pronunció tales palabras.

- ¿Cómo está Brown? ¿Mens sana in corpore sana?
- Mens sana in corpore sana, Julita.

Tiene una agilidad desorbitante y unos músculos que se trepan a cualquier pared. No parece un hombre, parece de otra especie más evolucionada. Algo así como Hércules que no tiene Dios ni Patria. Si estás hablando con él, de pronto pega un brinco y hace una pirueta impresionante. Más de una vez ha derramado el té verde que pide, sin azúcar y sin ningún añadido de cualquier tipo. Aquí nadie toma té verde, se lo traen especialmente en hebras que guardamos en un tarro bajo el mostrador. Es peluquero, es el protagonista principal de la Peluquería del Pueblo, donde la clientela tiene miedo de que entre un salto y el otro, les corte el cuello con la navaja de afeitar. Hay que ser valiente para ir a la peluquería del loco Brown. Queda en calle Brasil, casi al llegar a Mapocho, por si alguien se atreve a ir. Pero ahí nadie lo explota, que es lo determinante.

- *¿Recuerda usted a Galvarino, Julita, ¿Era un indio muy atrevido! Cuando quisieron obligarle a trabajar huyó, y de lejos, luego de cortarse una mano, la mandó al godo para que la hiciera trabajar.*
- No le vaya a mandar una mano a nadie por favor Brown, se lo pido. ¿Y usted cómo está Garrido, tan serio?

Víctor Garrido es un inseparable para Brown, se conocieron en la peluquería, Víctor fue uno de los audaces que decidió cortarse el pelo una y otra vez, semana tras semana, ante el filo de una de las navajas más peligrosas. Pero el loco Brown lo conquistó y le quitó el miedo cuando lo miró y le dijo: “¿Y cuál es la sociedad futura?” Ahí lo ganó para la Idea. Víctor dejó de tomar como un

condenado y aprendió el oficio de peluquero también, al son de las canciones revolucionarias que tararean todo el día: “*Hijos del pueblo, te oprimen cadenas...*”

- Oiga Garrido, con todo respeto, pero ¿a usted no lo andan buscando?
- Julita, que la discreción es la madre de todos los valores, me tomo un cafecito y ya me voy yendo de corrida. Mire que aquí mi amigo Brown cayó en julio, y no se sabe cuándo va a volver a caer. Don Federico, présteme el diario de hoy, por favor.

Se reparten el diario “La Nación” de hoy, casi por la mitad exacta, se miran y se ríen. De vez en cuando hacen un gesto o se dan un beso que a cualquier conservador le parecería poco apropiado. Se aman junto a una mujer, que muchas veces anda por aquí con ellos. Son tres. En este lugar nadie se juzga, ni se mira feo. Aquí se acepta y se toleran nuestras diferencias. Más bien se celebran.

- Cada vez más feo este diario. Mire ahora este titular: “El culo de los muertos”. Qué miedo. Esperando que no sea una premonición, una mala señal.
- No creemos en esas cosas.
- ¿Y en qué creemos entonces?
- *En que los que ganan menos somos los más numerosos.*
- ¿Y eso qué quiere decir?
- Que si somos los más numerosos, tenemos más probabilidades de vencer. O mejor dicho, si somos una enorme fuerza organizada, nos haremos invencibles y entonces no tendremos que creer en premoniciones ni malas señales, ¡ni habrá muertos!
- Usted une todo como si tuviera un hilo.
- Usted es el hilo.
- ¡Ahhhww!
- ¿Sabía que es el 4.0 centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes?
- ¿Y qué me importa a mi eso? Fíjese si hay algo de la manifestación de ayer. Aquí en esta parte del periódico no parece haber nada. ¡Liberales!

- Aquí encontré algo, sí. “En favor de los presos sindicados de subversivos”. Una cosa poca. Dice que la manifestación se efectuó ordenada por la Alameda, contra las prolongadas detenciones de trabajadores tachados de subversivos. Sale una foto, mire, ahí aparece usted. Dice que hablaron Laboradores de madera, la Federación de Pintores, los Estucadores, el Comité pro Presos Políticos.

El maestro Pinto vuelve la mirada hacia la ventana. Contempla el horizonte y me pregunto si apareceré también en sus visiones, si esa sociedad con la que sueña, podrá incluirme, por primera vez y de manera definitiva. Si habrá un lugar para mí, en los pasillos de aquel cielo.

07/04/2022¹

¹ Fuente historiográfica: M. Lagos Mieres